

Entré de criado a un bodegón; allí siquiera comía y ganaba un sueldo miserable y las propinas.

Figúrate a un estudiante de Derecho sirviendo los frijoles refritos.

— Eso no importa—dijo Manuel—; nosotros la corremos siempre, ésa es nuestra vida.

— Te buscaba con ansia, había visto tu nombre en los periódicos; ya eres casi un héroe.

— Sí, un héroe chiquito, pero ya iré creciendo.

— ¿Qué vas a hacer conmigo?

— Descuida, te voy a hacer subteniente de mi compañía. Soy capitán de la primera de rifles.

— ¡Canario! Subteniente.

— Nos lanzamos a la revolución que se prepara y ya verás hasta dónde vamos a dar.

— Tú no te separas de mí.

— Como en el colegio, Manuel.

— ¡Listo! Ahora voy a consultarte un negocio muy importante.

— Desembucha, ya te escucho.

— Pues has de saber, que hace seis días estando en la fonda, llegaron dos clérigos a cenar, tomaron mucha tequila y comenzaron a hablar.

— ¡Diablo! Esto raya en historia.

— Venían de una junta del arzobispado de Puebla y se platicaban sobre lo que había pasado y sus planes.

Mentaron al general Uraga y al padre Miranda.

— Dos bribones consumados.

— Y se dijo de un próximo pronunciamiento.

— Es necesario que todo lo sepa el Gobierno; callarse sería un crimen y traicionar a nuestro partido.

— Yo no quiero hacer el papel de denunciante.

— En cambio, prefieres que maten a nuestros hermanos.

— Tienes razón.

— Dirígete a la comandancia y da aviso con toda reserva de lo que pasa; es una acción buena, si no meritoria, y di que eres ya teniente de rifles.

— Muy bien.

— Yo te espero en el hotel del Moro, número 15; allí te alojarás conmigo; pero antes, toma la llave, escoge uno de mis trajes y preséntate decentemente vestido.

— Gracias, Manuel.

Los estudiantes se separaron.

A los pocos días se efectuaban prisiones en Puebla; el padre Miranda fué remitido a México.

Uraga fué preso y después se escapó.

El Gobierno publicó el plan revolucionario.

Así abortó el primer movimiento reaccionario; pero quedaba en pie la revolución, con más aliento todavía.

La prisión de un sacerdote había producido un escándalo, y más en Puebla, que estaba enteramente fanatizada. La «Guerra Santa» estaba proclamada.

CAPITULO VI

SIGUE LA REVUELTA

La noche del 9 de diciembre de 1855, de ese año de acontecimientos, la ciudad estaba asustada.

Los surianos habían cargado sus armas y había un verdadero molín en los cuarteles.

La guardia nacional estaba dispuesta y se esperaba ver qué giro llevaban los sucesos.

El general Alvarez había renunciado la Presidencia de la República y nombrado Presidente sustituto al general Ignacio Comonfort.

Manuel departía con los oficiales, estando todos acuartelados.

— Compañeros—decía—, la cosa arde: el tío Juan se ha dado un traspie, nombrando a ese reaccionario, y nos van a llevar los diablos.

— Es verdad—decía Mario—; una vez que se retiren los surianos, estas fuerzas «santanistas» se pronuncian y la revolución se pierde.

— ¿Cómo les detendremos?—decía Manuel.

— Expresando nuestra voluntad, pero a grito partido, diciendo que queremos a don Juan Alvarez.

— Pero esto es una sedición.

— No tiene otro nombre, pero no es cosa de entregarnos atados de manos a nuestros enemigos, por andar con contemplaciones.

Los oficiales estaban furiosos.

— Este general Comonfort—decía Manuel—nos entrega al enemigo. ¿Qué vamos a hacer con la fuerza indisciplinada y nueva, contra esos batallones tan bien organizados, que en mal hora han dejado en pie?

— Fastidiarnos—contestó Mario.

— ¡Abajo Comonfort!—gritaron los oficiales— ¡Viva don Juan Alvarez!

Y como si ese grito se hubiera escuchado en todos los cuarteles, se oía por toda la ciudad y campamentos surianos.

El gobernador Juan J. Baz, recorrió los cuarteles, puso preso a Miguel Buenrostro, uno de los hombres más queridos del pueblo, habló de la sumisión al Gobierno, del peligro que corría la revolución con estas disidencias, y con mil trabajos logró aquietar aquella sublevación tan espontánea

y tan legítima, porque rara vez el pueblo se equivoca en sus percepciones.

II

«Juan Gallinazo», que, entre paréntesis, así se le llamaba en el colegio por haberse puesto a la cabeza de un robo de gallinas, que proporcionó un succulento almuerzo a los estudiantes, buscó a Manuel en el cuartel.

— Te necesito urgentemente.

— ¿Qué te pasa?

— Una aventura maldecida, en la que quiero me ayudes.

— Estoy dispuesto a todo.

— Parece que todo se aplaca y ya podremos dejar el cuartel; ¡maldito Comonfort!

— ¿Qué te parece?

— Ese tío Juan está chocho, ya verás todo lo que se le espera a la nación; no importa, la paz me revienta, ya estamos en campaña, el suelo arde bajo nuestros pies, estamos dispuestos a todo.

— ¡A todo!—gritó Manuel.

Los dos capitanes tiraron por la parte Sur de la ciudad, y se internaron por unos callejones.

— ¿A dónde diablo me llevas?

— A enseñarte un estanquillo, mira cómo asoma la luz allá a lo lejos.

— Bien, ¿y qué tengo que hacer?

— Una cosa muy sencilla: te sítas en la esquina, ha de salir una muchacha a quien ya le escribí la contraseña «Los pintos»; apenas pronuncies estas palabras, se irá contigo, es una guapa moza.

— ¿Y qué hago con ella?

— Toma esta llave. Tengo tomada una casa en San Jerónimo, allí la llevas y me esperas.

— ¿Y después?

— Después llego yo, y te marchas al cuartel, no hay peligro.

— Y aunque lo hubiera, ya cumplí la mayor edad.

— Pues nos vamos; porque el señor Juárez ha renunciado el ministerio y se dirige a Oaxaca, tengo que acompañarle; me estaré muy pocos días y después ya no nos separaremos nunca.

— Bien, Juan, desearía acompañarte.

— Mi ausencia es muy corta, tú cuidarás a Isabel.

— La cuidaré como cosa tuya.

— Siempre nos veremos antes de marchar.

«Juan Gallinazo» se despidió de Manuel y éste quedó en la esquina aguardando a la dama.

— Afortunadamente—pensó Manuel—, en estas circunstancias se puede robar hasta la Virgen Santísima.

Encendió un cigarro y se puso a pasear a lo largo de la calle.

Pasaban algunas patrullas y se detenían a reconocerlo; pero como llevaba el traje de oficial, se pasaban de frente.

— Ya se dilata la Isabelita—decía Manuel—, y está haciendo un frío que cuaja la lengua.

Se acercó a un figón que aun permanecía abierto y tomó una copa de aguardiente, y volvió a su sitio.

Había transcurrido media hora cuando vio salir repentinamente del estanquillo a una mujer, con el tápalo a la cabeza y que se escurrió por la acera.

Al acercarse, Manuel dijo como al acaso:

— «Los pintos.»

— Yo soy—dijo la dama—; vámonos.

— Tómese usted de mi brazo.

La señora se agarró fuertemente al brazo del capitán y echaron a andar rápidamente.

— ¿Y a dónde me lleva usted?

— No tenga usted cuidado, Isabelita, la casa está tomada y va usted a estar muy contenta.

Supongo que tiene usted mamá, perdone usted, pero debe ser una fiera. ¿No es verdad?

La joven no respondió.

Manuel continuó:

— La historia de las «mamas» es horrible, yo tengo una que es capaz de comerse al general Comonfort.

La tapada dejó oír la risa.

— Esa mamá se ha tragado a su esposo y amenaza devorarse a los yernos; estoy por llevarla de tambor mayor a la Guardia Nacional.

La tapada se reía.

— Figúrese usted, Isabelita, que ese apéndice de la que va a ser mi esposa, es un clérigo o un obispo metido en una mujer.

Si fuera doncella, diría yo que era la Doncella de Orleans; pero ¡qué doncella va a ser, si se llama Toribia Pantoja, nombre y apellido horribles!

Dichosa usted que va a vivir sola con Juan, el pobrecillo me encargó que recibiera a usted y la llevara a la casa que ya está allí, sí, el asistente está en la puerta.

Efectivamente, llegaban a la casa, cuyo zaguán estaba iluminado.

— ¡Demonio!—pensaba Manuel—Este hombre le ha puesto un palacio a la estanquillera.

— Suba usted, Isabelita, todo está abierto, y espere a Juan, que, ocupado en un negocio de urgencia, procurará llegar lo más pronto posible; lo que se le ofrezca a usted, allí está el asistente a sus órdenes; allá arriba ha de haber cuanto desea, nada tema, está todo muy bien cuidado.

Isabelita subió en dos tramos la escalera y entró en la sala.

—¡Caracoles!—dijo Manuel—Salta la niña como un conejo, con razón se ha escapado del estanquillo, aquí tomará de a once finos.

Manuel, después de haber recomendado mucho a la tapada, dijo al asistente, que si venía Juan, le dijera que había ido un momento al cuartel.

III

Mario, muy vestido de capitán, se dirigió a hacer una visita al señor de Rentería.

Había estado esperando una hora larga a Manuel, y viendo que no parecía, se decidió a marcharse.

Había varias personas en la casa cuando se presentó Mario.

Como todos eran devotos y reaccionarios, le recibieron malísimamente.

Nadie le dijo que se sentara, y él lleno de mortificación, tomó asiento.

Toda aquella gente cuchicheaba por lo bajo.

Por fin, la señora Pantoja le dijo:

—¿Y de qué viene usted vestido? ¿Qué traje es ése?

—Señora—contestó Mario—, es la blusa de la guardia nacional.

—Será, pero tiene mucho de extravagante y mucho de mono.

—Sí, señora.

—Eso se quiere parecer a Garibaldi, a ese hereje maldecido, que tantas pesadumbres le ha proporcionado a S. S Pío IX.

Mario no respondió.

—Es un canalla ese Comonfort—continuó la Pantoja—y sus garibaldinos unos ladrones.

Mario estaba en ascuas.

—Pero ya tenemos la moda en México, como que todos son enemigos de la religión cristiana.

Mario sudaba como un marinero.

Las gemelas se apretaban las manos y los concurrentes estaban gozando en el tormento de Mario.

—¿Y usted, qué cosa es?

—Yo soy mexicano—dijo el capitán.

—No es eso lo que pregunto—dijo doña Toribia—, sino la religión que usted profesa.

Mario no contestó; le pareció extremadamente ridículo hacer su profesión de fe.

En aquellos momentos se presentó Manuel.

La señora por lo bajo dijo a sus contentallos:

—Sólo este garbanzo faltaba en la olla.

Manuel era más atrevido, y no dejaba de hacer gracia a la familia.

—Señores, buenas noches—dijo.

Todos guardaron silencio.

—Sin duda habré hablado con voz muy queda: ¡buenas noches!

—Buenas—repitieron todos, débilmente.

—¿También usted de blusa y sombrero Garibaldi?

—También, señora; es un traje airoso, no esos uniformes apretados y con corsé que llevan los soldados de S. A. S., ni esos sombreros montados tan estorbosos.

—No soy de la misma opinión—dijo la Pantoja—; aquello era elegante.

—Y esto muy cómodo—observó Manuel.

—¿Y qué mitote están armando los pintos?

—No son ellos precisamente, es el partido liberal, que protesta contra la separación del caudillo y no le tiene confianza a Comonfort.

—Para mí, todos son unos, todos son pintos.

—Muy bien dicho, señora.

Un contentallos viejo, lampiño y de capote, afilando el hocico de jabalí, y acariciándose la barba, dijo:

—Opino como la señora, todos son herejes y malvados.

—Está bien—dijo Manuel—; pero nos podemos pasar sin la opinión de usted.

—¡Caballero!—gritó con tono histórico—¡Yo soy sacerdote!

—Pues diga usted una misa.

—Ya, ya, ya esperaba yo esa respuesta atrevida de usted.

—Perdone usted, señora; nada más natural: el señor es sacerdote, y bien puede decir una misa.

—Lo que digo—gritó el clérigo, con el rostro encendido en cólera—es que va a llover fuego del cielo sobre todos ustedes, y que ya están condenados en vida, y que extraño que esta familia los reciba en su casa, y que, no queriendo condenarme, me voy al momento.

—No, señor—gritaba la Pantoja—; los que van a irse son estos... estos señores; yo no quiero aquí garibaldinos ni herejes.

El señor Rentería quiso mediar, pero no pudo contener la furia sacerdotal unida al furor conyugal.

Manuel, que ya se vio arrojado de la casa, se dirigió al clérigo y encarándose hasta imponerle, le dijo:

—Ha cumplido usted con su misión, nos echan de esta casa, a nosotros que somos buenos y honrados, y usted se queda, fraile bribón e hipócrita; pero yo le he de poner la mano encima, estamos sobre el mismo camino y pronto nos encontraremos; usted es un clérigo que roba a sus feligreses y que viene aquí a estafar a una buena familia.

El clérigo estaba atacado de congestión y apenas balbucía frases que no se entendían, y tomando una suprema resolución, fingió que se desvanecía y se desplomó con mucho cuído en el suelo.

—Me alegro—dijo Mario, pero no tan bajo, que no lo oyera la Pantoja.

—¿Se alegra usted? Pues alégrese más—dijo doña Toribia y le asestó una bofetada que lo bañó en sangre.

Manuel soltó una carcajada.

Las gemelas corrieron a sus habitaciones.

El señor de Rentería no atinaba.

—¡Tenga usted ésa, y venga por otra!—gritó la Pantoja.

Mario no volvía en sí de su asombro, y la sangre se le escurría por la blanca pechera de la camisa.

Por fin, los capitanes salieron sin despedida.

—¡Maldita vieja!—decía Mario—Me ha dado una bofetada, que ni los hércules del circo.

—Yo me marchó—dijo Manuel—; tengo una dama encerrada.

—Yo me quedo; voy a hablar por el balcón con Carolina.

IV

Manuel se dirigió a San Jerónimo.

La casa dispuesta por «Juan Gallinazo», era espléndida; no había olvidado los usos de la capital; por el contrario, se extralimitaba para recibir a una estancuillera.

La sala tenía tapices dorados, el ajuar era de terciopelo carmesí oscuro, capitonado, grandes lunas puestas con gusto y elegancia, lucían en las paredes, consolas y mesa de centro, de mármol, alfombras mullidas, jarrones y muebles de adorno, escogidos.

La recámara era un templo, con su cama dorada y luciente, rico pabellón, sobrecama china roja y bordada en colores, almohadones con bordados, buró de rosa y mármol como el tocador, lleno de esencias y de juguetes preciosos, una lámpara azul y un ajuar de recámara, precioso.

El comedor todo lo tenía, nada le faltaba, los aparadores estaban con una hermosa cristalería y vajilla de fina porcelana, y lo más importante, vinos exquisitos de todas clases.

La mesa estaba como para un convite, ramos de flores, aparatos de todo género, búcaros, el champaña helándose en cofres de cristal y una lámpara resplandeciendo sobre aquella finísima mantelería.

La cocina estaba en actividad.

Estaba dispuesto un banquete.

Este es el poder del dinero, todo lo improvisa en un momento como en una comedia de magia.

Subió Manuel la escalera, entró en la sala y quedó sorprendido.

Isabelita tenía la cara cubierta con el velo y estaba sentada en un sillón.

Se levantó con impaciencia.

—Caballero—le dijo a Manuel—, ese señor no parece, y a mí me esperan en casa.

—¡Cómo es eso! ¿Pues no ha huído usted con mi amigo?

—No, señor.

—¿Y se va usted sin cenar y sin dormir? Vea usted que mi amigo es hombre de pro, si no ha venido es porque tiene un negocio; pero yo le sustituyo.

—Puesto que usted le sustituye, justo es que usted reciba lo que a él le estaba destinado.

—Con mucho gusto, Isabelita.

—Pues tenga usted—y le soltó una bofetada tan terrible, que le partió el labio.

—¡Zambomba!—gritó Manuel.

—Usted y ese miserable—dijo la señora, tirando hacia atrás el velo—son unos calaveras infames, que han seducido a mi hija; he sorprendido, afortunadamente, la carta de cita y he venido a darles una lección.

—Lo que siento, señora, es el haber recibido la parte que le tocaba a mi amigo.

—No se burle usted, caballero.

—No, pero usted confesará que el bofetón ha sido de lo mejor.

La vieja estaba iracunda.

—Todos los seductores son unos miserables, pero se encuentran conmigo, que no me dejo burlar fácilmente; yo defiendiendo el honor de mi hija y el de mi familia.

—Muy justo, muy justo—decía Manuel.

—Me voy, y dígame usted a su amigo que ya nos veremos, que a mí los soldados me tienen sin cuidado.

Salió la señora violentamente, y Manuel dijo:

—Me rei del bofetón de Mario, y ahora él se reirá de mí.

Al poner el pie en el primer peldaño de la escalera, oyó otra bofetada.

—¡Demonio! ¡Llueven bofetadas! ¿Qué pasará?—y bajó violentamente.

«Juan Gallinazo» se había asomado por el estancuillo para ver el efecto que hubiera hecho la fuga de Isabel y se la encontró en la puerta.

—¡Isabel! Te creía fuera de la casa.

—Me dijiste que tú me indicarías la hora, y no has parecido.

—¿Luego, no recibiste mi carta?

—No, no he recibido nada.

—Desde esta mañana la envié, todo está preparado, tu casa está lista, sabes cuánto te amo.

—Mi mamá ha salido; estoy sola.

—Pues todo eso nos favorece; cierra y vámonos.

—Tengo miedo.

—Nada temas; estás a mi lado, que te defiendio.

—¡Dios mío, dejar esta casa!